

más parecía sepultada en el sueño de la noche; ó bien que sus habitantes la habían abandonado. En este estado los malvados autores de estas miserias todavía más crueles que el hambre misma y que las bestias más feroces, entraban en las casas convertidas en sepulcros, desnudaban los muertos, despojándoles hasta de la camisa, y añadiendo á la burla la más insolente inhumanidad, pasaban de parte á parte los cuerpos que todavía respiraban, para probar si sus espadas estaban bien afiladas; pero por una crueldad enteramente opuesta, se negaban con desprecio á matar á los que se lo rogaban, ó á dejarles las espadas para hacerlo por sí mismos, á fin de librarse de las torturas que el hambre les ocasionaba. Al exhalar el último suspiro, los moribundos volvían sus ojos hacia el templo, y se les traspasaba el corazón de dolor al considerar que sus infames profanadores quedaban todavía impunes. Estos monstruos de piedad, en un principio hacían enterrar los muertos á expensas del tesoro público para librarse de la hediondez; pero llegó el tiempo en que nada bastaba, y desde la muralla les mandaban echar á los fosos. Fué tanto el horror que causó á Tito al ver los fosos llenos de cadáveres, cuando salió á reconocer la ciudad, que levantando las manos al cielo *tomó á los dioses por testigos de que él no era la causa de aquella carnicería.*

» Muchos de los que escapaban de Jerusalén se tiraban de lo más alto de las murallas para salvarse; otros tomaban piedras con pretexto de servirse de ellas contra los romanos y en seguida se pasaban á su campamento. Pero después de evitado un mal, caían en otro peor, porque el alimento que tomaban entre los romanos les daba una muerte no menos pronta y horrorosa que la que causaba el hambre; porque hinchados como hidrópicos, comían con tanto afán para llenar este vacío, que caían en desfallecimiento y reventaban casi al mismo tiempo. A los que este ejemplo hacían más precavidos, evitaban el inconveniente no comiendo sino de poco en poco, para acostumbrar su estómago á ejercer las funciones ordinarias. Hemos visto con nuestros ojos que los que querían ponerse en salvo se tragaban el oro, del que había una tal abundancia en la ciudad, que lo que antes valía veinticinco áticos, no se estimaba mas que en doce. Como uno de esos tráfugas fuese sorprendido en el campamento de los sirios en el acto de buscar en sus promios el oro que se había tragado, desde luego corrió la voz de que los desertores venían con las tripas llenas de este precioso metal; por cuyo motivo muchos de los sirios y árabes abrían el vientre de aquellos desgraciados para buscar en sus entrañas algo con que satisfacer su abominable avaricia. A mi modo de entender, este hecho es la más ho-

rrorosa de las crueldades cometidas contra los judíos, por grandes y extraordinarias que hayan sido las demás, bastando el decir que en una sola noche diez mil acabaron la vida con una muerte tan horrorosa.

» Fué tal el horror de Tito por estas atrocidades, que decidió á sorprender los culpables con la caballería para exterminarles; y lo hubiera ejecutado si su *número no hubiese excedido en mucho al de los muertos.* Entonces mandó reunir todos los jefes, tanto de sus tropas auxiliares como los del imperio, por haber algunos soldados romanos cómplices de semejante crimen, y encolerizado les dijo: «¿Es posible que entre vuestros soldados se encuentren hombres, que excediendo en crueldad á las bestias más feroces, hayan osado cometer un delito tan detestable por la sola esperanza de una ganancia incierta, no conteniéndoles el rubor de enriquecerse por un medio el más execrable? ¡Y qué! ¿Los árabes y los sirios tendrán la audacia de cometer estas horrendas inhumanidades en una guerra que en nada les atañe, y darán con esto motivo para atribuir á los romanos, cuando ellos las cometen impulsados por su avaricia, crueldad y rabia contra los judíos?»

» Después de haberse expresado así este grande y justo príncipe, declaró que si hubiese alguno tan malvado y atrevido que osase en adelante cometer estos excesos, pagaría con la vida su delito, y ordenó al propio tiempo á todos los oficiales de las legiones vigilasen escrupulosamente á los que infundiesen alguna sospecha. Pero el temor del castigo es muchas veces impotente para reprimir la avaricia: el amor á las riquezas es tan natural en muchos, que esta abominable pasión aumenta en vez de disminuir con los años, lo que no sucede en las demás. *Dios, que habia condenado á este miserable pueblo á perecer, permitió que todo cuanto hubiera podido contribuir á su salvación, se convirtiese en ruina.* Por esta razón se cometía en secreto lo que las penas establecidas por Tito impedían cometerse públicamente. Estos bárbaros, después de asegurarse que no eran vistos de los romanos, continuaban abriendo las entrañas á cuantos fugitivos caían en sus manos, sólo con el objeto de buscar el oro y de satisfacer, por unos medios tan abominables, el ardiente deseo de enriquecerse, bien que las más de las veces nada encontraban. De este modo la mayor parte de estos desgraciados, sabedores de la suerte infausta que les esperaba, permanecieron y fueron víctimas de los tiranos de la nefanda ciudad, no atreviéndose á pasarse á los romanos.

» Mientras tanto el hambre continuaba haciendo tales estragos en la ciudad, que no es posible descubrir el número de las víctimas. ¿Quién podrá referir en efecto los espantosos estragos que causaba y las horro-

rosas tropelías á que dió lugar? Bastaba la más ligera sospecha de que en alguna casa quedaba comestible, para que se le declarase la guerra. Los mejores amigos se convertían en contrarios, al tratarse de la conservación de sus vidas, por medio de lo que se habían arrebatado los unos á los otros. A los moribundos no se les daba el menor crédito cuando aseguraban no les quedaba recurso alguno; y se les registraba para averiguar si en efecto habian ocultado algún mendrugo. Luego que estos hombres, de que apenas les quedaba la figura, se veían engañados en la esperanza que tenían de encontrar con que saciarse, se les creyera perros rabiosos, y cualquier tropiezo les hacía vacilar como borrachos. No les bastaba registrar una sola vez todos los rincones de una casa, sino que lo repetían muchas; y su rabiosa hambre les hacía coger para servirles de comida aquello mismo que al animal más inundo hubiera repugnado. Convertían en alimento el cuero de los zapatos y broqueles, y un puñado de heno podrido se vendía á cuatro áticos. ¿Pero á qué detenerme en cosas inanimadas para hacer comprender hasta qué punto llegó esta espantosa hambre, cuando tengo una prueba auténtica y sin ejemplo entre los griegos, y aun entre las naciones más bárbaras? Lo que voy á referir es tan horroroso, que no me atrevería á decirlo si no me constase por varias testigos, y si en los males que ha sufrido mi patria no la sirviese de un débil consuelo el suprimir su memoria.

«Una señora llamada María, hija de Eleázar, muy rica, había venido con otras de la villa de Bethacor, es decir, *casa de Hisopo*, á refugiarse en Jerusalén, donde se encontró sitiada. Los tiranos bajo cuya crueldad gemía desgraciadamente esta ciudad, no se contentaron con robarla cuanto había traído de más precioso, sino que la quitaron todo lo que había escondido para poderse alimentar. El sentimiento de verse tratada de este modo la puso en tal estado de desesperación, que después de haber echado mil imprecaciones contra ellos, no omitió palabra de ultraje para irritarlos, con el solo objeto de que la mataran, pero entre estos tigres no se encontró uno que, ó por efecto del resentimiento de tantas injurias, ó por compasión, quisiera hacerle esta gracia. Cuando se vió reducida al último conflicto de no esperar alivio de parte alguna, con el hambre que la devoraba, y aun más que ella el fuego de la rabia que la abrasaba el corazón, concibió una idea de que se extremece toda la naturaleza. Arranca su hijo del pecho y le dice: Hijo desventurado, cuyo infortunio no se puede bastantemente deplorar, por haber nacido entre la guerra, el hambre y las diferentes facciones que á competencia conspiran á la ruina de nuestra patria, ¿para quién te

conservo yo? ¿Será para ser esclavo de los romanos, si quisieran salvarnos la vida? ¿Por ventura el hambre no nos la quitará antes que pudiésemos caer en sus manos? Y estos tiranos que tanto nos han hecho sufrir ¿no son por ventura más terribles y más crueles que los romanos, y que el hambre misma? Vale más que tú mueras y me sirvas de alimento, para hacer rabiar á estos facciosos y llenar de espanto la posteridad con una acción tan trágica, la sola que falta todavía para colmar la medida de los males que hacen de los judíos hoy día el pueblo más desgraciado de cuantos existen sobre la tierra.... Acabado este razonamiento, mató á su hijo, le cuece, come una parte de él y reserva la otra oculta.

»Estos malvados, cuyo alimento único eran las rapiñas, entraron poco después en la casa de esta señora, y habiendo percibido el olor de esta carne abominable, la amenazaron de muerte, si no les enseñaba lo que tenía preparado para comer. Ella les respondió que todavía le quedaba parte, y les presentó en seguida los lastimosos restos del cuerpo de su hijo. Por más que su corazón fuese de bronce, un tal espectáculo les causó tanto horror, que los dejó del todo atónitos. Pero ella en el transporte en que la tenía su furor, les dijo con osadía: Sí, este que veis es mi propio hijo, estas manos se han empapado en su sangre. Bien podéis vosotros comerlo, cuando yo he sido la primera en hacerlo. ¿Sois por ventura vosotros menos atrevidos que una mujer, ó tenéis más compasión que una madre? Si vuestra compasión no os permite aceptar esta víctima, yo acabaré de comérmela. Estos hombres que hasta entonces no sabían qué cosa era humanidad, salieron temblando de aquella casa, y por extremada que fuese el ansia que tenían de encontrar algún alimento, abandonaron á la desgraciada madre los restos de esta detestable carne, para que se los comiera.

»Circuló al momento por toda la ciudad la noticia de esta acción para siempre detestable. El horror que todos concibieron fué tal, como si cada uno en particular hubiese cometido un crimen semejante. Los más acosados del hambre ansiaban acabar pronto con la vida, creyendo felices á aquellos que habían muerto antes de haber podido ver, ó tener conocimiento de un hecho tan execrable.

»La nueva de este niño sacrificado por su misma madre al deseo de su propia conservación llegó muy pronto á los campamentos romanos. Unos dudaban de su exactitud, á otros les excitaba á compasión; pero en la mayor parte aumentó la rabia que ya tenían contra los judíos. Tito, para justificarse de este hecho ante los dioses, protestó altamente: «Que había ofrecido á los judíos una amnistía general, y pues

que ellos anteponían la rebelión á la obediencia, la guerra á la paz, el hambre á la abundancia, y que habían sido los primeros en poner fuego con sus propias manos al templo, que él de todos modos había procurado conservarles, merecían por ellos verse forzados á comer una carne tan detestable; pero que sepultaría este horrible crimen bajo las ruinas de su capital, á fin de que cuando el sol girase al rededor del mundo no se viese obligado á ocultar sus rayos, para no mirar á una ciudad en que las madres se alimentaban con la carne de sus hijos, y en la que los padres no son menos culpables, cuando tan extraordinarias miserias no les obligan á soltar las armas». Tales fueron las palabras de este gran príncipe, quien considerando hasta qué exceso llegaba la obstinación y rabia de los facciosos, no podía persuadirse que después de haber sufrido las calamidades, cuya sola aprensión debiera haberles atraído á mejor partido, nada fué capaz de hacerles cambiar su primera resolución.

» Lejos de mantenerse pacíficos, hicieron otra salida contra los sitiadores, llegando con ellos á las manos. Los romanos les dispersaron, persiguiéndoles hasta el templo.

» Entonces un soldado á quien no se había dado orden alguna, y sin recelar que cometía un horrendo sacrilegio, pero como excitado por un movimiento de Dios, se hizo levantar por otro de sus camaradas, y por la ventana de oro echó un tizón encendido al paraje por donde se comunicaba desde el templo á los edificios que tenía á su alrededor por la parte del Septentrion. El fuego prendió desde luego, y en esta última de las desgracias, los judíos llenaban los aires de gritos espantosos. De todas partes corrían para remediar el desastre, y nada en efecto podía con más razón obligarles á arriesgar sus vidas por el deseo de conservar este templo, objeto de todos sus cuidados.

» Prontamente se dió aviso á Tito de esta novedad, quien estaba tomando un poco de descanso en su tienda, de regreso del combate. Salió al momento para hacer apagar el fuego; siguiéronle todos los jefes, y las legiones detrás de ellos, con tal confusión, tumulto y gritería, sólo comparable á una división sorprendida por el enemigo que marcha sin orden y sin obedecer á sus jefes. Tito, á voz en grito, y haciendo señas con la mano mandaba á los suyos apagasen el fuego; pero un ruido mayor impedía que se le oyese, bien que el ardor y cólera de que estaban poseídos los animados soldados en esta guerra, les hacía pasar desapercibidas las señas que se les hacían. Así que estas legiones que entraban en tropel, no podían ser contenidas en su impetuosidad, ni por sus órdenes, ni por las amenazas, porque sólo el furor las guiaba: era

tal el desorden que muchos eran derribados y pisoteados; y otros cayendo en las ruinas de los pórticos y galerías que todavía ardían, eran más desgraciados que los vencidos, aunque fuesen vencedores. Cuando toda la tropa hubo llegado al templo, fingió ignorar las órdenes de su general; los soldados que estaban detrás estimulaban á los que tenían delante á pegar fuego, y desde entonces los facciosos perdieron todas las esperanzas de poderlo impedir.

» A cualquier parte que se volviera la vista no se veía más que fugo y carnicería. Se mató un grandísimo número de pobres inermes é incapaces de defenderse. El rededor del altar estaba hacinado de cadáveres, que eran arrojados allí después de haberles degollado sobre este santo lugar destinado al sacrificio de otras víctimas, y corrían por sus escalones ríos de sangre.

» Cuando el fuego iba devorando este soberbio templo, los soldados enardecidos con el pillaje, mataban á cuantos cogían, sin perdonar sexo ni edad, ancianos y niños, sacerdotes y seglares; todos eran inmolados sin excepción alguna; todos estaban comprendidos en la carnicería general, y los que imploraban clemencia no eran tratados con más humanidad que los que tenían valor para defenderse hasta el último extremo. Los gemidos de los moribundos se mezclaban al ruido del fuego, que siempre iba ganando terreno; y el incendio de un edificio tan grande unido á la eminencia de su situación persuadía á cuantos le veían de lejos que toda la ciudad era presa de las llamas.

» Nada más horroroso ni importante que el estruendo que resonaba en todas partes. Las legiones romanas embriagadas de furor, en medio de una gritería espantosa, degollaban cuanto les venía á la mano. Los facciosos al verse cercados por todas partes por el hierro y el fuego, llenaban el aire con sus gritos implorando el perdón; el pobre pueblo que se hallaba dentro del templo estaba tan consternado, que al procurar su salvación con la fuga, se echaba en medio de sus enemigos. ¡Qué confusa gritería no levantarían hasta el cielo los que desde la montaña opuesta al templo presenciaban un espectáculo tan espantoso! Aquellos mismos á quienes el hambre estaba próxima á cerrarles para siempre los ojos, al ver el incendio del templo, reunían todas las pocas fuerzas que les quedaban para llorar tan fatal desgracia; el eco de las montañas inmediatas y el del país que está á la otra parte del Jordán, aumentaba con tan horrible estruendo el retumbo. Por más espantoso que esto fuera, eran todavía mayores los males que lo causaban. Era tan grande, tan voraz, y tan violento el fuego que consumía el templo, que parecía estaba igualmente ardiendo desde sus fundamentos la montaña sobre